



El gran deseo

María era una niña que anhelaba ir al colegio.

Pero no podía.

Tenía que cuidar a sus hermanos menores mientras su mamá iba a trabajar.

Junto a la entrada de su casa, María había plantado un arbolito de jacarandá.

Lo regaba todos los días; pues su abuelita le había dicho que si el jacarandá florecía en primavera, su deseo se haría realidad.



La mamá de María trabajaba en una fábrica textil, donde la hacían trabajar mucho y le pagaban poco.

Por eso María se quedaba limpiando la casa, haciendo la comida y cuidando a sus hermanos.



Pero María, a pesar de todas sus tareas, siempre encontraba un momento para regar su arbolito de jacarandá.

Si florecía en primavera, como le había dicho su abuelita, el árbol le concedería su mayor deseo: ir al colegio para aprender.

Las flores maravillosas del jacarandá harían que su deseo se convirtiera en realidad.



En el lugar donde María vivía con su mamá y sus hermanos no había agua. Por eso, ella tenía que traerla desde lejos.

Todas las mañanas, María recorría un largo camino hasta el viejo pozo y regresaba con su balde lleno. Pero lo hacía con gusto. Sabía que si regaba su jacarandá, un día podría verlo florecer.

Regar su jacarandá era lo más hermoso que ella hacía. Derramaba lentamente el agua alrededor del tronco y le hablaba con amor.

—Mi pequeño jacarandá —le decía—, mi lindo arbolito, ¡si florecieras en primavera...!